

Édouard Louis

HISTORIA DE LA VIOLENCIA

Traducción del francés de
José Manuel Fajardo



Título original: *Histoire de la violence*

Ilustración de la cubierta: *Concetto Spaziale, Attese*, 1963-1964 © Lucio Fontana.
A través de SIAE / VEGAP, Barcelona, 2018. Fotografía de la ilustración
de Christie's / Bridgeman Images.

Copyright © Éditions du Seuil, 2016
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2018

Cita de las páginas 117 y 119: *Santuario* de William Faulkner.
Traducción de José Luis López Muñoz. Licencia editorial otorgada
por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Cita de las páginas 168-169: *Crisis de la república* de Hannah Arendt.
Traducción de Guillermo Solana Alonso. Por cortesía de
Editorial Trotta, Madrid © 2015.
Cita de la página 187: *Kaddish por el hijo no nacido* de Imre Kertész.
Traducción de Adan Kovacsics. Por cortesía de Acanalado.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7ª 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la
autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones
establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por
cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento
informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler
o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-838-1
Depósito legal: B-2.553-2018

1ª edición, marzo de 2018
Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

Para Geoffroy de Lagasnerie

Uno

Así que, unas horas más tarde de eso que la copia de la denuncia que guardo doblada en cuatro en el cajón llama *tentativa de homicidio*, salí de casa y bajé la escalera.

Crucé la calle bajo la lluvia para llevar a lavar las sábanas a noventa grados en la lavandería, ahí abajo, a menos de cincuenta metros de la puerta de mi vivienda, con la espalda curvada por la bolsa de ropa, demasiado voluminosa, demasiado pesada, y las piernas que flaqueaban bajo su peso.

Aún no era completamente de día. La calle estaba vacía. Estaba solo y caminaba a trompicones, no tenía que dar más que unos pocos pasos y sin embargo la prisa me hacía llevar la cuenta: *Medio centenar de pasos más, vamos, una veintena más de pasos y habrás llegado*. Me apresuraba. También pensaba, impaciente ante el futuro que de alguna manera enviaría, ubicaría, reduciría aquella escena al pasado: *En una semana te dirás: Hace ya una semana que ocurrió, vamos, y en un año te dirás: Hace ya un año que ocurrió*. La lluvia helada, no un chaparrón sino una lluvia muy fina, minúscula, desagradable, empapaba la tela de mis zapatos y el agua se filtraba hasta las plantillas y el tejido de los calcetines. Tenía frío, y pensaba: *Él podría regresar, él va*

a volver, ahora estoy condenado a errar, él te ha condenado a errar. En la lavandería estaba el gerente del establecimiento, bajito, rechoncho. Su busto sobresalía por encima de las máquinas alineadas. Me preguntó si estaba bien, le respondí *No*, con tanta dureza como fui capaz. Esperé su reacción. Quería que reaccionara. Él no quiso saber más, se encogió de hombros, volvió la cabeza, entró en su angosto despacho disimulado tras las secadoras y yo lo detesté por no haberme preguntado.

Regresé a casa con la ropa limpia. Subí la escalera sudando. Volví a hacer la cama, parecía seguir impregnada del olor de Reda, así que encendí unas velas, quemé incienso; no era suficiente; agarré el ambientador, el desodorante, también el perfume que había recibido por mi cumpleaños, colonia, y rocié con ellos las sábanas, enjaboné las fundas de las almohadas aunque acababa de lavarlas, el tejido escupía el agua jabonosa en forma de pequeñas pompas superpuestas, agrupadas. Enjaboné las sillas de madera, pasé una esponja empapada por los libros que él había manoseado, froté los pomos de las puertas con toallitas antisépticas, limpié de polvo minuciosamente y una a una las láminas de madera de las persianas, desplacé e intercambié de lugar las pilas de libros depositadas en el suelo, abríllanté la armazón metálica de la cama, rocié con un producto con aroma a limón la superficie lisa y blanca del frigorífico; no podía parar, como impulsado por una energía cercana a la locura. Pensé: *Más vale estar loco que muerto.* Fregué la ducha que él había utilizado, eché varios litros de lejía en el retrete y en el lavabo (por lo menos más de dos litros, es decir, una botella de litro y medio todavía llena y otra que estaba a medias), fregué todo el cuarto de baño; era absurdo hasta el punto de limpiar el espejo en el que él se había mirado, o mejor, admirado, aquella noche, y de tirar a la basura toda la ropa que él había tocado, porque lavarla no hubiera sido suficiente; no sé por qué era suficiente en el caso de las sábanas pero no

en el de mi ropa. Fregué el suelo, a cuatro patas, el agua humeante me quemaba los dedos, la bayeta iba arrancándome tiras delgadas y rectangulares de la piel reblandecida, que se enroscaban sobre sí mismas. Hacía una pausa, inspiraba profundamente, en realidad olisqueaba como un animal, me había convertido en un animal rastreando aquel olor que parecía no desaparecer pese a mis esfuerzos; su olor no se iba y llegué a la conclusión de que no estaba en las sábanas ni en los muebles, lo llevaba encima. El problema venía de mí. Me metí en la ducha, me lavé una, dos, tres veces y continué haciéndolo. Usaba jabón, champú, acondicionador, para perfumar mi cuerpo todo lo posible, era como si su olor se hubiera incrustado en mí, dentro de mí, entre la carne y la epidermis, y me rascaba por todas partes con las uñas, me restregaba, con fuerza, encarnizadamente, para llegar a las capas internas de mi piel y librarlas de su olor, maldecía, *Putá mierda*, y el olor persistía, dándome aún más náuseas, mareándome. Deduje: *El olor está en el interior de la nariz. Sientes el olor del interior de tu nariz. El olor está bloqueado en mi nariz*. Salí del cuarto de baño, regresé a él y vertí suero fisiológico en mis fosas nasales; solté aire por ellas, como cuando te suenas, con el propósito de que el suero se extendiera por su interior, ése era el efecto que quería producir, no sirvió para nada; abrí las ventanas y salí en busca de Henri, el único amigo que estaba despierto a las nueve o a las diez de aquella mañana del 25 de diciembre.

Es mi hermana quien describe la escena a su marido. Estoy escondido detrás de la puerta y oigo su voz y la reconozco a pesar de tantos años de ausencia, su voz en la que se mezclan siempre la furia y el resentimiento, también la ironía, la resignación.

Llegué a su casa hace cuatro días. Había imaginado ingenuamente que una estancia en el campo era la única

manera de reponerme de la fatiga y del abatimiento por mi modo de vida, pero apenas he puesto un pie en esta casa y arrojado mi bolsa de viaje sobre el colchón, apenas abrí la ventana de la habitación, que da al bosquecillo y a la fábrica del pueblo colindante, comprendí que había cometido un error y que regresaría aún más melancólico y más deprimido por el aburrimiento.

Hace dos años que no venía a verla. Cuando me reprocha mi ausencia, suelto una excusa vana como «Debo hacer mi vida», e intento decirlo con la suficiente convicción como para hacer recaer la culpabilidad sobre ella.

Pero no sé qué hago aquí. Ya la última vez, montado en el mismo coche que esta semana, ese coche que me pone enfermo con su olor a tabaco frío, y viendo desfilar del otro lado de la ventanilla los mismos campos de maíz y de colza, las mismas extensiones de remolacha de azúcar, que apestan, la hileras de casas de ladrillos, los repugnantes carteles del Frente Nacional, las pequeñas iglesias sinietras, las gasolineras abandonadas, los supermercados mohosos, destartalados, plantados en medio de los pastizales, ese paisaje deprimente del norte de Francia, noté que me invadía la náusea. Comprendí que me sentiría solo. Me marché diciéndome que detestaba el campo y que no regresaría nunca. Y este año he vuelto. *Y hay otra cosa. No es sólo porque inevitablemente a los cinco minutos de tu llegada ya estáis discutiendo por qué no vienes*, he pensado al llegar, cuando estaba en su coche, cuando cantaba por no hablar, *no es sólo porque todo, en sus modales, en sus costumbres, todo en su forma de pensar te agrede y te exaspera. No consigues verla desde que te diste cuenta de la facilidad y la indiferencia con que la desdénas, a menudo con dureza porque esperas que ella te secunde en tu esfuerzo por abandonar. Ahora ella lo sabe. Sabe de la frialdad de que eres capaz y te avergüenzas. Por más que no haya razón para ello, porque tienes derecho a abandonar, sientes vergüenza. Sabes que visitarla te fuerza a enfrentarte a tu*

crueledad. A lo que la vergüenza te hace llamar «tu crueledad». Sabes que estar con Clara te obliga a mirar aquello de ti que no quieres ver y que por eso estás resentido con ella. No puedes evitar estarlo.

Desde la última visita, y por un vago sentimiento de obligación familiar, sólo le he enviado algunos SMS y algunas postales muy formales elegidas al azar, que ella ha pegado con imanes en el frigorífico, postales garabateadas rápidamente en algún banco callejero o en la mesa de un café, «Besos desde Barcelona. Hasta pronto, Édouard» o «Recuerdos desde Roma, un tiempo estupendo»; puede que en realidad lo haya hecho más que para mantener una relación, como he querido creer, para recordarle la distancia que nos separa y para hacerle saber que ya me encuentro lejos de ella.

Su marido ha vuelto del trabajo. Desde donde estoy puedo verle los pies. Clara y él están en el salón, yo estoy en la habitación contigua. La puerta está entreabierta unos cuatro o cinco centímetros, escucho sin que ellos puedan verme, oculto y de pie, tenso tras la puerta. No puedo verlos, sólo escucharlos, no distingo más que los pies de él, pero adivino que ella se ha sentado en la silla, enfrente. Él escucha sin moverse y ella habla.

«Me ha dicho algo así como que no conocía casi nada de él salvo su nombre: Reda.»

Didier y Geoffroy aseguran que me mintió y que me dio un nombre inventado. No lo sé. Me empeño en no pensarlo, cada vez que lo pienso me esfuerzo en desviar mi atención. Me concentro en otra cosa, como si quisiera que, entre todo lo que me ha quitado, al menos me hubiera dejado eso, y me obligo a mí mismo a convencerme de que saber esas cuatro letras podría parecerse a una revancha o, si esa palabra es demasiado fuerte, a tener un poder sobre

él, un poder nacido de ese conocimiento. No quiero haber perdido a todos los niveles. Cuando evoco esta historia en mi círculo y se me objeta que evidentemente él no me dio su nombre auténtico, y que adoptar un nombre falso, en un caso como éste, en circunstancias como éstas, es incluso una técnica clásica, me invade un sentimiento de irritación y agresividad del que no logro desprenderme, esa idea me parece insoportable y de pronto me vuelvo agresivo, querría gritar, hacer callar a mi interlocutor, zarandearlo.

«Me lo ha repetido esta mañana. Habíamos ido a la panadería y le pedí que me lo contara de nuevo», y, efectivamente, en el camino le dije que cuando Reda me había apuntado con su revólver, puesto que ésa era la escena que ella quería que le contara una y otra vez, cuando me había apuntado con su revólver, la pregunta que yo me hacía ya no era *¿Va a matarme?*, porque en ese momento no me cabía ninguna duda de ello, era irreversible, iba a matarme y yo iba a morir, aquella noche, en mi habitación; yo me plegaba a las circunstancias con esa capacidad del individuo para plegarse y adaptarse a todas las situaciones, basta con mirar la Historia, los hombres se ajustan incluso a los contextos más contra natura y más atroces, se adaptan —lo cual, le dije a Clara con mi tendencia a las declaraciones grandilocuentes, es al mismo tiempo la mejor y la peor noticia para la humanidad pues significa que basta cambiar el mundo para cambiar a los hombres, o en todo caso a la mayoría de ellos, y Clara no escuchaba, no es necesario cambiarlos uno por uno, eso llevaría demasiado tiempo, los hombres se adaptan, no se resisten, se adaptan. La cuestión no era pues *Va a matarme* sino más bien *Cómo va a matarme*, a saber: *¿Me pondrá su bufanda alrededor del cuello para estrangularme?*, o: *¿Agarrará alguno de los cuchillos sucios de mi fregadero?*, o: *¿Apretará el gatillo de ese revólver?*, o: *¿Hará algo que ni siquiera puedo sospechar?* Yo no esperaba escapar, ni sobrevivir, sólo morir de la manera menos

dolorosa posible. Más tarde, la policía o Clara me felicitaron por mi valentía, y nada me pareció más contrario y ajeno a esa noche que una noción como la de valentía. Él retrocedió varios pasos, sujetando firmemente la culata de la pistola. Extendió el otro brazo, el que no sostenía el arma, sin quitarme los ojos de encima, y tanteó en el montón de ropa apilada sobre la silla del escritorio. Cogió de nuevo la bufanda. Yo pensé: *Va a estrangularme de nuevo*. Sin embargo, cuando volvió a acercarse a mí no intentó estrangularme, como había hecho hacía unos minutos, antes de sacar el revólver. No echó sus manos a mi cuello. Esta vez intentó atarme, agarró mi brazo derecho, intentó sujetarme el otro para atarme con la bufanda, recuerdo el olor a transpiración que desprendía y también el olor a sexo. Yo me debatía, le impedía hacerlo, y tenía tanto miedo, pensaba: *No quiero morir*, una frase tan triste, trágicamente banal. Lanzaba gritos débiles, por supuesto no gritaba muy fuerte. No hubiera corrido ese riesgo. Siempre calmadamente, lo más calmadamente posible, le pedía *No hagas eso*. Resistía y él no conseguía su propósito y repetía sin parar, cada vez más fuerte, *Voy a ponerte mala cara, Voy a ponerte mala cara (ponerme mala cara no en el sentido en que comúnmente se entiende, sino ponerla en el sentido de ocuparse de ella, es decir, en ese contexto, de rompérmela), Voy a ponerte mala cara, Voy a ponerte mala cara*. Gritaba. Yo esperaba que algún vecino nos oyera, que llamara a la policía, *Pero si aparece la policía es posible que el miedo a ser detenido precipite sus actos y que me mate de golpe, en un ataque de pánico, cuando oiga las voces de los policías gritando a través de la puerta algo como: Policía, abran de inmediato*. Como no había logrado atarme, agarró de nuevo la pistola, que había guardado momentáneamente en el bolsillo interior de su abrigo de imitación de cuero, tiró la bufanda al suelo o se la puso en el cuello, no lo sé, y me arrojó contra el colchón.

La mañana del 25, apenas unas horas después de aquella escena, caminé y corrí hasta casa de Henri, y por el camino todavía pensaba: *Dentro de una semana te dirás: Hace ya una semana que ocurrió, vamos, y en un año te dirás: Hace ya un año que ocurrió.* Acababa de llegar al descansillo cuando me abrió la puerta. Debía de haber oído el ruido de mis pasos. Quise refugiarme en sus brazos, pero en un primer momento me contuve, ¿por qué razón?, no sabría decirlo.

Le dije a Clara: «No es que yo pensara que pudiera ser peligroso.» Inmediatamente después de aquella noche con Reda, todavía no creía lo que llegué a creer más tarde durante meses, que todo el mundo podía potencialmente convertirse en peligroso, incluidas las personas que me eran más cercanas; que cualquiera podía caer en una locura homicida, verse dominado de golpe por un deseo de destrucción y de sangre, y atacarme, sin previo aviso, incluso Didier y Geoffroy, mis dos amigos más íntimos; sin embargo ante Henri algo me retenía. Nos quedamos paralizados, y durante esos instantes en los que el tiempo se detuvo sentí que él me escrutaba y me analizaba, discretamente, en busca de signos que pudieran darle pistas sobre la razón de mi presencia allí, tan temprano, un día tan inesperado como aquél. Sus ojos me barrían, recorrían mis cabellos sucios, grasos, mis ojos rodeados de ojeras, extenuados, mi cuello constelado de marcas violeta, mis labios púrpura, hinchados. A medida que iba advirtiendo las huellas, su rostro se desencajaba; recuerdo mis repetidas duchas antes de ir a casa de Henri, y sin embargo me acuerdo con toda exactitud de que tenía el cabello sucio cuando estaba en su casa. Me invitó a entrar. Él iba detrás de mí y mientras avanzaba sentía su mirada clavada en mi nuca. Yo no lloraba. Entré en su apartamento. Había fotografías enmarcadas encima de los muebles, y un gran retrato suyo,

acristalado, detrás del sofá. Me senté y Henri preparó café. Volvió de la cocina con dos tazas en las manos, que le temblaban debajo de los platillos; me preguntó si quería hablar, le dije que sí. Describí a Reda, de entrada sus ojos marrones y sus cejas negras, comencé por sus ojos. Su rostro era liso. Sus rasgos eran a la vez suaves y marcados, masculinos. Cuando sonreía se le formaban hoyuelos, y sonreía mucho. La copia de la denuncia que guardo en mi casa, redactada en un lenguaje policial, señala: *Tipo magrebí*. Cada vez que le echo un vistazo esa frase me exaspera, porque sigo oyendo el racismo de la policía durante el interrogatorio del 25 de diciembre, ese racismo compulsivo que, al fin y al cabo, parecía ser el único elemento que vinculaba a los policías entre sí, el único, con sus uniformes demasiado ajustados, el elemento sobre el que se fundaba su uniformidad aquella noche, puesto que para ellos «tipo magrebí» no indicaba un origen geográfico sino que quería decir «gentuza», «gamberro», «delincuente». Hice un rápido retrato de Reda al agente de policía cuando me lo pidió y, de golpe, éste me interrumpió: «Ah, quiere decir tipo magrebí.» Se lo veía triunfal, estaba no diré que *muy feliz*, sería exagerar, pero sonreía, encantado, como si yo hubiera admitido algo que él intentaba hacerme decir desde mi llegada; como si yo le hubiera aportado al fin la prueba de que desde siempre él vivía del lado de la verdad, repetía: «Tipo magrebí, tipo magrebí», y entre frase y frase volvía a decir: «Tipo magrebí, tipo magrebí.» Antes de acostarme en su cama, le conté a Henri lo sucedido esa noche. Él me señaló su habitación, en el altillo, y subí para echarme a dormir. No había dormido desde hacía mucho, salvo durante las pocas cabezadas con Reda.

Dos

Mi hermana sigue con su monólogo, la escucho, bebe sorbitos de agua, traga, deja el vaso en la mesa, oigo el ruido del vaso que percute en el contrachapado de la superficie:

«Y eso era lo que le resultaba más asombroso, me ha dicho: me desperté ese día y fue entonces cuando empezó. Así sin más (*le dije que estaba echado en mi cama, de espaldas, abrí los ojos y sentí que las agujetas me atravesaban el cuerpo, como hojas de cuchillo, clavándose por todos lados entre mis costillas, sentía la espalda tan dura como un caparazón*), y entonces lo que pensó de repente, y ha seguido pensando después, en los días siguientes, es que a partir de ese momento nunca más podría soportar ver a otras personas felices. Qué idiotez. Es una frase tan estúpida. Qué querías que le respondiera a eso. No dije nada, me hice la distraída. Parecía boba (*y yo intentaba volver a dormirme, quería dormir más, pero el cuerpo me dolía demasiado*). Y entonces él ha dicho: yo detestaba a los otros, sé que eso no tiene sentido, Clara, pero me desperté esa mañana pensando que detestaba a los otros (*y yo pensaba: Cómo pueden*).

»Me resultó un poco raro. No puede pensarse eso, no me parecía normal. En fin. En mi cabeza me decía Más vale escuchar eso que ser sorda, fíjate. Pero no seguí con

ese pensamiento porque se habría vuelto contra mí. Él me dijo Yo detestaba a los otros (y yo pensaba: *Cómo pueden, yo me había despertado aquella mañana, después de la partida de Reda, con un regusto desconocido en la boca y la idea de que nunca más podría volver a soportar la menor huella, el menor signo o la menor apariencia de eso que llaman felicidad, habría podido abofetear a la primera persona que se me cruzara y estuviera sonriendo, habría podido agarrarla por la solapa del abrigo, zarandearla con todas mis fuerzas y gritar, aullar, y hasta a los niños, hasta a los niños, a los débiles o a los enfermos habría podido zarandearlos y escupir en la cara, abofetearlos hasta que sangraran, hasta que ya no tuvieran rostro; hasta que desaparecieran todos los rostros alrededor de mí. Hubiera querido clavarles los dedos en los ojos, arrancárselos, aplastarlos entre mis dedos, y pensaba: *Cómo pueden, y no era culpa mía, habría querido agarrar a los enfermos, levantarlos y arrojarlos de sus sillas de ruedas, por Dios, no quería ver nunca más una sonrisa ni oír una risa; fuera, en las calles, en el parque, en el café, por todos lados, las risas me traspasaban los tímpanos y se me quedaban bloqueadas en las orejas, resonando en mi cabeza durante el resto de la jornada, encerradas en mi cráneo, en mis ojos, bajo mis labios —como si las risas existieran contra mí*).*

»¿Y entonces? Yo supongo que se tocó la piel con las manos, los brazos, las piernas, el sexo, que se palpó para asegurarse de que no era un sueño. Ni siquiera podía plantearse salir a ver si tomaba el fresco y se aireaba la cabeza, no era posible, hacía un tiempo de mil demonios fuera (yo escuchaba el crepitar del agua contra las ventanas, llovía, llovió a lo largo de todo el mes de enero). Intentó dormirse otra vez pero las agujetas le provocaban demasiado dolor, de todos modos no hacía más que pensar en todo aquello. Ya no reconocía nada, me dijo. Un poco como cuando esperas dormirte y levantarte al día siguiente siendo otro, como en una metamorfosis, salvo que ésta él no la deseaba, y menos de esa manera.

»Y encima no era real (*encima aquello no era real*). Cuando veía los anuncios publicitarios en los autobuses o en las paredes de los inmuebles, quiero decir, todas esas fotos de familias felices mientras toman el desayuno o mientras están al borde de una piscina, o sea, todo lo que los anuncios quieren hacer pasar por felicidad, él sentía deseos de agarrar un cuchillo o lo que fuera, me lo dijo, una llave de su bolsillo para desgarrar esos rostros (*yo hubiera querido pegarles fuego*). Quería arrastrar consigo hasta el fondo a la mayor cantidad posible de gente, eso me dijo (*le había dicho: extender el dolor*). Y añadió: Sé bien que no tiene sentido (*yo pensaba: Cómo pueden, pero no era sólo cuando los veía sonreír, le dije que tampoco podía soportar la desdicha en el rostro de los otros, como si la de ellos fuera menos auténtica, menos cierta, menos profunda, menos real que la mía*).

»También es cierto que madre nos contó muchas historias como ésta. Así que quizá si reaccionó de esa manera fue por habérselas repetido ella tantas veces cuando todavía él vivía con nosotras. Quién sabe. El otro día en una emisión de la 2 había un buen hombre que explicaba que si nunca se había escuchado hablar del amor, quizá uno no sería capaz de enamorarse. En fin. Cuando me pongo a pensar cosas así me digo: Apaga la tele querida que te quema las neuronas. Pero aun así, sigo pensando en ello.

»Eso fue cuando ella comenzó a limpiar en las casas de personas mayores, antes de que te conociera. Oh, aunque no pueda decirse que sea un trabajo con futuro, siempre habrá jóvenes que se harán viejos. Los lavaba, pues, les daba sus medicamentos y al regresar, se quejaba. Te doy mi palabra de que ella luchó como una furia para conseguir ese empleo. Aquí una mujer no puede hacer gran cosa, sobre todo después de que la fábrica dejó de contratar, todo se pierde, y con el rumor que corre de que va a cerrar definitivamente.»

Fue más que eso, para nuestra madre fue más complicado de lo que mi hermana dice, ella no tenía carnet de conducir y debía hacer frente a la competencia de otras mujeres, muchas, que querían ejercer aquel oficio en parte para aportar dinero a sus hogares, en parte para emanciparse del peso de sus maridos. Había luchado para obtener aquel puesto que había quedado vacante de milagro, tomaba la bici que había hecho reparar especialmente para la ocasión y a la que se subía para ir de una administración a otra, se arreglaba con esmero y se estiraba el pelo hacia atrás, maquillándose un poco más y un poco mejor que en los días precedentes, algo que a nuestro padre no le gustaba, y él se lo reprochaba o se lo prohibía, «Estás más bella sin eso», «Eso está bien para las putas»; volvía a llamar a la puerta de la administración en cuestión, regresaba allí una y otra vez cuando le daban una negativa o cuando sentía que la situación se le escapaba, que se le escurría entre los dedos, para dar prueba de su determinación, desplazándose, lloviera o nevara, siempre en la misma bici; redactaba carta tras carta, y llamaba por teléfono para expresar su inquietud cuando no obtenía respuesta. Y lo consiguió, aquél fue su oficio durante muchos años. Regresaba y nos describía cómo las personas mayores en cuyas casas trabajaba lo tiraban todo, seguramente a causa de un instinto animal, como si quisieran hacer pagar a los otros por su muerte cercana, como si dejar un recuerdo infecto de sus vidas pudiera volver la idea de la muerte más aceptable; lo rompían todo en la casa, desgarraban los manteles, estrellaban los recuerdos contra el suelo, arrojaban la vajilla contra las paredes.

«Todos los días aquello volvía a repetirse. Todos los días hacían volar las cosas en todas direcciones, los cuadros, las

bolas de cristal nevadas de Lourdes, los juegos de mesa que se habían traído de las vacaciones. Lo destrozaban todo, lo reventaban todo. Lanzaban gritos de chiflados como no has oído nunca, nunca, y como no oirás jamás, gritos que luego te llevas contigo y que no puedes olvidar; oh, también las mujeres que se habían hecho las señoras toda la vida y que siempre habían tenido modales. Incluso ellas, no te creas que son mejores que las otras. Son incluso más obscenas porque tienen por fin la ocasión de desatarse y de hacer lo que durante toda la vida se prohibieron hacer. Berrean canciones verdes, *Es el rabo gordo de Dudule, ah, el marrano va a lavar tu sucio ano*, en fin; y luego otros días, los peores días, me lo contaba mi madre, hacían sus necesidades en las cuatro esquinas de sus propias casuchas, sobre la mesa de la cocina, en el suelo, por todos lados. Sembaban sus necesidades donde fuera mientras que madre, de rodillas, intentaba bien que mal limpiar sus pieles flácidas y ajadas apoyadas en las sillas de sus salones, sin otra cosa que una manopla de ducha y un barreño de plástico putrefacto; unos cuerpos tan fofos que era como si se desbordaran, como si se derramaran de las sillas. Y madre lloraba al regresar después de su jornada de trabajo. No podía más. Decía llorando: ¿Te das cuenta, la vieja Milard? Lo ha cagado todo, se ha limpiado con las cortinas del comedor, yo no puedo más no voy a aguantar mucho tiempo así, no voy a aguantar. Y nos contaba Hay mierda por todas partes, la he tenido que limpiar y tú sabes bien que no soporto el olor de la mierda es algo que siempre me ha dado asco, para mí es la cosa peor, no he podido acostumbrarme nunca y no voy a empezar a hacerlo ahora. Tenía ganas de vomitar me aguantaba pero es duro tener que contenerse las ganas de vomitar todo el tiempo para no añadir a toda esa mierda el vómito porque si no no se acaba nunca de salir de ella; entonces le decía Ojalá que llegue pronto la canícula y te liberes, madre. Eso la relajaba. Y luego Édouard —no

así a ese nivel, no hace falta excederse, no exageremos—, mucho tiempo después, tras esa Navidad, tuvo ataques de nervios como aquéllos, deseos de arrastrar consigo a los otros hasta el fondo, como las viejas de las que se ocupaba nuestra madre. Él me ha dicho que cada día era más difícil. Me ha dicho que terminó por decidir quedarse en casa, completamente solo, no salía de allí. Cerraba las contraventanas. Se quedaba enclaustrado. Se tapaba las orejas con las manos y apretaba para dejar de oír las voces de los vecinos a través de las paredes o las conversaciones de la portera en el patio del inmueble.»

En los días en que estaba más calmado me imaginaba abordando a un desconocido en un lugar público, por la acera o junto a los estantes de un supermercado, para desvelarle toda mi historia, para contárselo todo. En mi visión, me aproximaba y el desconocido se sobresaltaba y yo comenzaba a hablar, tan familiar y abiertamente como si lo conociera desde siempre, sin decir mi nombre, y lo que le decía era tan desagradable que él no podía hacer otra cosa que quedarse allí y escucharme hasta el final; me escuchaba y yo observaba su rostro. Me pasaba el tiempo fantaseando con situaciones en las que haría eso. No se lo he dicho a Clara, pero durante semanas estuve alimentando esa fantasía de exhibicionismo y total impudicia.

Es que no podía parar de hablar de ello. En la semana después de Navidad le había contado la historia a la mayor parte de mis amigos, pero no sólo a ellos, no únicamente; también se la había repetido a personas que me eran menos cercanas, a conocidos o a gente con la que apenas había hablado en alguna que otra ocasión, a veces tan sólo por Facebook. Me irritaba cuando los otros intentaban responderme, cuando mostraban demasiada empatía o me ofrecían sus análisis de lo que había ocurrido, como cuan-

do Didier y Geoffroy apostaron a que Reda no era su auténtico nombre. Yo deseaba que todo el mundo supiera, pero quería ser el único de entre todos capaz de discernir la verdad, y cuanto más lo contaba, cuanto más hablaba de ello, más reafirmaba mi sentimiento de ser el único que de veras sabía, el único por contraste con lo que yo consideraba la grotesca ingenuidad de los demás. No importaba cuál fuera la conversación, yo me las apañaba para sacar a Reda, para llegar hasta él, para referirlo todo a él, como si todo tema de conversación debiera *lógicamente* conducir a su recuerdo.

La primera semana de febrero —poco más de un mes después de aquella Navidad— me reuní con un autor que me había escrito poco tiempo antes para proponerme almorzar con él. No lo conocía, pero acepté, y yo sabía por qué había aceptado. Él quería que le escribiera un texto para un número especial de una revista literaria que coordinaba (algunos días más tarde le entregué un texto muy malo, por razones obvias), y con él reproduce el mismo comportamiento, de forma idéntica. Durante aquellos días yo vivía apegado a mis palabras. El autor se había sentado frente a mí, tras abrirse paso en el restaurante donde yo lo esperaba y donde me estremecía sentado en mi silla mientras apretaba frenéticamente la goma de lápiz que llevaba por casualidad en el bolsillo; llegó, se sentó, se quitó su abrigo de franela, me tendió la mano y, apenas se hubo instalado en su silla, ya me quemaba los labios de las ganas de hablar de la Navidad. Pensé: *No, no puedes hablar de ningún modo de eso ahora. Espera un poco. Ahora no. Aunque sólo sea por cortesía. Espera un poco. Finge al menos hablar de otra cosa.* Fuera, el gris azulado del cielo se reflejaba en las paredes de los inmuebles, lo recuerdo no porque el cielo me interesara particularmente, sino porque no lo estaba escuchando y miraba por la ventana; cuando no era yo quien tenía la palabra, me distraía y me desinteresaba.

Intercambiamos algunas frases y durante aproximadamente diez minutos contuve el aliento, me desbordaba, sentía que el nombre de Reda quería escaparse de mi boca. Me contuve, intentaba mantener una conversación propia de ese tipo de encuentros, interpretaba el papel, le hacía hablar de su trabajo, de sus libros, de sus proyectos, pero no lo escuchaba. No escuchaba nada. Respondía a sus preguntas sobre esos mismos asuntos y creo poder decir que, en realidad, no prestaba más atención a mis respuestas que a las suyas. Me resultaba tan difícil mantenerme en calma que todas las frases que él decía o que me hacía decir con sus preguntas, todas sus reflexiones, me parecían invitaciones indirectas a hablar de la Navidad. Quiero decir que yo establecía esa relación con todo, que toda mi percepción y mi construcción de la realidad estaban condicionadas por Reda. Y hablaba con el temor a que las palabras «Reda» o «Navidad» se me escaparan demasiado pronto, contra mi voluntad.

Por fin, lo dije. Consideré que había llegado el momento, pensé: *Ya me he contenido durante tiempo suficiente, ahora te has ganado el derecho a hablar* e hice lo que había estado esperando poder hacer desde que el escritor entró en el restaurante: monopolicé la conversación; durante toda la comida sólo yo hablé y él no dijo nada, salvo algunas episódicas interjecciones o algún comentario, que soltaba entre bocado y bocado incrementando mi regocijo: «Es terrible. Qué horror. Por Dios, etc.» Al final del almuerzo le supliqué que no repitiera nada de lo dicho; por otro lado yo no comprendía, y también me excusaba, le pedía disculpas por ello, por qué se lo había contado todo a él, a quien no conocía, cómo había podido hacer algo que estaba tan fuera de lugar, me daba cuenta, y que resultaba tan grosero. Fue bajo esa misma pauta como viví, hablé y actué en el transcurso de las semanas que siguieron a la agresión.